

Están por acá

ANA LONGONI*

Acerca de *Fantasmas de la dictadura. Una etnografía sobre apariciones, espectros y almas en pena*, de Mariana Tello Weiss. Buenos Aires, Sudamericana, 2024, 352 páginas.



Lo que quedó afuera

Es lunes temprano. Un joven lleva horas esperándola desesperado cuando Mariana Tello Weiss llega a trabajar a La Perla, ex centro clandestino de detención de Córdoba.

El día anterior, él y su sobrinito cruzaron sin permiso el alambrado y recorrieron el sitio de memoria cerrado hasta que sonó la alarma del auto. Antes de irse se tomaron una foto. En ella, apareció nítidamente al lado de ellos una muchacha con flequillo.

Él sabe que se trata de una desaparecida y quiere saber quién es, cómo se llama, qué le está diciendo, qué quiere que haga. Mariana lo contiene, recorre con él un álbum de fotos de secuestrados en ese centro clandestino. Pueden ser varias de ellas o ninguna. “Pero, qué quiere que haga”. Mariana le dice: “solo quiere que no la olvidemos”.

Mariana es hija de Azizita Weiss, una militante asesinada con ella bebé a upa en 1976, y es antropóloga. Reunió durante muchos años, veinte o más, historias como ésta, que le sucedieron a ella, a su hijo, a sus amigas, a mucha otra gente conocida y desconocida. Fue componiendo una etnografía impactante y audaz que bucea entre fantasmas a partir de sueños, de sucesos desconcertantes, de extrañas señales, ruidos, luces que se apagan, de indicios sensibles que manifiestan lo ocultado, lo insepulto, lo irresuelto que nos legó el terrorismo de Estado. Si las muertes violentas, la ausencia de cuerpos y tumbas, la imposibilidad de duelo son condiciones inherentes de la siniestra figura de la desaparición, lo que propone este libro es asumir y atender a las señales de nuestra inevitable convivencia con los espectros.

Hace tiempo Mariana me contó la historia del muchacho llorando por la muchacha apareciendo inesperada en la foto en La Perla, y cada vez que vuelvo a ella no puedo evitar que se me erice la piel. Y aunque no la incluyó en el libro *Fantas-*

.....
* Investigadora del CONICET y profesora en la UBA y otras universidades. Impulsora de la Red Conceptualismos del Sur.

mas de la dictadura quiero empezar por compartírselas porque es lo primero que me contó acerca de esta investigación. Hubo muchas historias como esta que ella vivió o escuchó y registró cuidadosamente en su etnografía espectral, mucho tiempo antes de decidir escribir este libro. Son tantas que desbordaron la posibilidad de encontrar todas lugar en el formato de un libro y quedaron por allí, reverberando. Son historias fantasmas de fantasmas.

La tapa

Quiero seguir por la belleza y la agudeza de la portada del libro, basada en la foto de Gabriel Orge, que se titula “Apareciendo a Azize Weiss”. Quien está apareciendo en una trama de hilos es la madre de Mariana, su proyección inestable y movediza, apareciendo y desapareciendo, evanescente, disuelta y a la vez claramente presente. Que esté en la tapa no sólo es un entrañable y amoroso homenaje, es una invocación espectral, es parte del conjuro repetido todo el tiempo, todas las noches, para lograr dormir, burlar el insomnio y el desasosiego.

Las fotos (y sus usos múltiples, íntimos y públicos) son, además, clara señal de una persistencia, otro modo de seguir estando entre nosotrxs, inquiriendo por un lugar, pulsando ejercicios de memoria personales y colectivos. Como un juego de cajas chinas, muchos de los proyectos fotográficos que abordan la desaparición son fotos de fotos, fotos con fotos. Y es que la fotografía en tanto invocación de lxs ausentes evidencia la inquietante dimensión de espectralidad de esos rostros que demandan desde pancartas en manifestaciones, memoriales en las calles o altares domésticos no ser olvidados. Como señala Luis García sobre las fotos de personas desaparecidas:

No vuelven vivos, pero *vuelven como fotos*, es decir, estas fotos comienzan a hablar ya no tanto, o al menos, ya no sólo de la *vida previa* de los desaparecidos, cuanto de su *vida posterior*, de su *vida póstuma*, de su *sobre-vida*, de su *re-aparición*: testimonian ya no sólo algo que fue, sino algo que volverá y está siempre regresando. Estas fotos podrían ser pensadas no sólo como *índice* de lo que fue, ni como reliquia de lo que ya no va a ser más, sino también, y sobre todo, como *sopORTE material de lo que retorna*. (...) Futuro anterior.¹

Este libro empieza dos veces con un sortilegio; volverla paisaje, nombrarla. Nombrar es un modo de no olvidarlos pero también de hacer carne, hacer voz su presencia. Su otro modo de estar. Escribir un libro como un modo de ese encuentro con los espectros, con esa fantasma. El cuerpo del libro (luego de un capítulo introductorio) empieza así: “El 12 de julio de 1976 mi madre fue asesinada por policías y militares, en la puerta de nuestra casa en San Miguel de Tucumán, conmigo en brazos”. Esa condición (auto)biográfica, ese pacto amoroso está sobrevolando todo el libro y a la vez se abre generosamente a albergar muchas otras historias. Historias que se corren del centro y suceden en parajes muy distantes y raramente mirados, en Reyes y en Ledesma (Jujuy), en Famaillá y Tucumán, en el Barrio Sarmiento a orillas del río Matanza, una villa del conurbano bonaerense.

Pienso en el gesto de Pilar Calveiro al escribir *Poder y desaparición*. Discreta,

¹ García, Luis Ignacio, “Espectros: fotografía y derechos humanos en la Argentina”, Santiago de Chile, La Cebra; *Papel Máquina*; 8; 10-2013; 131-147.

Pilar apenas refiere a su propia historia y no cuenta su secuestro y desaparición, se aleja del relato autobiográfico en primera persona del singular, para componer un patchwork, reconstruye un universo velado, negado, el dentro del campo de concentración y su modo de diseminarse por todos lados, paralizando a una sociedad entera en ese saber/no saber.

Mariana también configura un ejercicio colectivo pero no omite arrancar por su propia fantasma. Hacerla nuestra. Darle lugar.

Pienso que quizá haya en ese desplazamiento donde las propias razones biográficas (o más que razones, afectos) son el motor de una investigación, un movimiento generacional, el lugar distinto al de la generación de los setenta, el de sus HIJOS e hijas.

Vuelvo a la fotografía de Gabriel Orge, pensando en cómo la fotografía viene siendo una potente herramienta de memoria, un modo de encuentro entre generaciones. Lucila Quieto, militante de HIJOS, arrancó en 2001 su proyecto “Arqueología de la ausencia” a partir del vacío de una foto en su álbum familiar, la de ella y su papá, una foto imposible, porque su papá desapareció meses antes de que ella naciera. La falta ha sido motor del proyecto. El procedimiento es sencillo y no disimula su condición de artificio, de ficción: elegir alguna foto querida del padre o madre desaparecidx, y proyectarla como diapositiva sobre la pared. En esa escena se cuele el/la hijx, y Lucila fotografía ese encuentro. Se provoca entonces la irrupción de un tiempo imposible, negado: un momento (un abrazo, un diálogo, un contacto) entre padres/madres e hijxs. Ese tiempo en que es posible el encuentro entre lxs desaparecidxs y sus hijxs no es el del pasado ni el del presente, sino un tercer tiempo. Y luego de encontrar esa foto imposible, socializa el procedimiento convirtiéndolo en colectivo para que otros hijos e hijas puedan tener también su foto. Como la foto en la que Marta Dillon aparece dos veces: siendo bebé junto a su madre, y ya adulta, más parecida a su mamá que a ella misma de pequeña.

Como dice el fotógrafo tucumano Julio Pantoja: con nadie puedo hablar con mayor apasionamiento de fotografía que con lxs HIJOS. Quizá porque conocieron a sus padres y madres a través de unas pocas fotos blanco y negro.²² Y es que muchxs hijxs (que eran muy pequeñxs e incluso no habían nacido en el momento del secuestro de sus padres/madres) les conocieron -y se siguen vinculando cotidianamente con ellxs a lo largo de los años- a través de unas pocas fotos. Fotos viejas, atesoradas, tan ajadas de tan acariciadas: son -en muchos casos- uno de los pocos indicios materiales que quedan de esas desapariciones forzadas, esas vidas interrumpidas abruptamente, arrancadas de entre nosotrxs, de las que se desconoce en la mayoría de los casos las circunstancias de su destino final y no existe certeza ni tumba.

(Nota al pie) No es nuevo el vínculo de Mariana con el proyecto fotográfico de Gabriel Orge de proyectar fotografías afuera (sobre el río, sobre un bosque, sobre una pared) haciendo aparecer a personas desaparecidas. En la película “(Des)Aparecer” (2023), que Mariana dirigió junto a Piotr Cieplak, trabajan sobre la localidad

2 Julio Pantoja, “Los hijos. Tucumán veinte años después (1996-2001)”, 2006, en la fotogalería del sitio *A 30 años [del Golpe de Estado de 1976]* del Ministerio de Educación. En línea en: <<http://www.me.gov.ar/a30delgolpe>>.

cordobesa de Bell Ville, a partir de la aparición de dos fotos de desaparecidas. Por un lado, la foto imposible de Ana Iliovich junto a su familia, estando desaparecida en La Perla, cuando luego de muchos meses de cautiverio la “autorizaron” a visitar a su familia el fin de semana y volver al campo de concentración el domingo, con la vida de sus compañerxs detenidxs como fianza de su regreso. Por otro, la proyección de Gabriel Orge en el balneario de Bell Ville de la foto de Susana Luque, una de las cinco desaparecidxs del pueblo. Elige hacerla aparecer con su vestido de flores en un espacio en el que seguramente estuvo y disfrutó muchas veces en su vida.

Libros hermanos

Cuando presentamos hace unos meses la reedición de *Traiciones* (que cuenta con un precioso prólogo de Mariana poniendo al día los debates en torno a las personas sobrevivientes de los campos de concentración desde el 2007 para acá, fundamentalmente desde la concreción de los juicios de lesa humanidad en los que lxs sobrevivientes fueron (son) testigos imprescindibles, planteé que sentía que *Fantasmas de la dictadura* es un libro hermano de *Traiciones*. Hermanos incorrectos porque ambos se meten en temas “inadecuados” o “incómodos” para los parámetros de la academia y también de la militancia.

Corridas del relato heroico, desafiando sus convenciones y registros, indagando en otras formas de escritura. Historias de vivxs y de muertxs. Historias de desaparecidxs que nunca aparecieron, y otros que sí, y no pudieron ser escuchadxs. De duelos que no pueden terminarse. ¿Se puede escribir un libro sobre la dictadura desde sus espectros, prestándole escucha y atención a los encuentros oníricos, sesiones de espiritismo, consultas con médiums, juegos de huija, señales inexplicables, aterrorizadoras o tranquilizantes? Zonas de contacto inesperadas, historias cotidianas para quienes trabajan (o trabajaban porque muchísimxs han sido despedidxs) en lugares de memoria, o para quienes les tocó ser vecinos de los CCDE, o entre aquellxs familiares que no cesan de buscar.

Me gustaría pensar *Traiciones* y *Fantasmas de la dictadura* como dos intentos hermanos (incorrectos políticamente, un poco osados) de nuestra generación de hijas de militantes de los setenta de corrernos de los lugares comunes de la retórica memorial para pensar en lo irresuelto, lo no se quiere escuchar o dejar aparecer. Respuestas ante, como dice Mariana, “El silencio como tumba” (p. 315).

¿Adónde están lxs desaparecidxs? ¿Adónde están lxs nietxs apropiadxs?

Hace unos meses, una estudiante en el final oral de la materia masiva que dicto en Filosofía y Letras (UBA) había elegido como tema especial la dictadura. Arañaba el 4 y para intentar ayudarla y que hablase un poco más le pregunté por qué había elegido ese tema. “En mi casa se habla mucho de la dictadura porque mi primo es desaparecido”, dijo. Y después aclaró: “el tío de mi mamá era militar y adoptó a un bebé desaparecido”. Le hablé de Abuelas, de la familia biológica que lo estará buscando, la necesidad de la identidad, de saber quién es, de dónde viene. No logré sacarle ni una palabra más. Reculó y reculó y reculó, dándose cuenta que había develado lo que no quería decir.

¿Adónde están? En las alturas. Hacia abajo, a 1.80 m. Hacia arriba, en los vuelos.

Siento que *Fantasmas de la dictadura* es también es hermano del libro de Vinciane Despret, *A la salud de los muertos*. Por un lado, porque Vinciane empieza indagando sobre un muerto que aparece en sueños a su hijo y que no saben quién es (reconstruir que es un hermano mayor de su abuelo fallecido en un accidente de tren siendo adolescente, del que nadie en la familia habla, es la labor del libro), y a partir de allí, se pregunta sobre los modos de relación con lxs espectros, convoca a un trabajo colectivo, colaborativo entre muchxs.

Y en segundo lugar, porque ambos libros, en los que la escritura asume registros personales, íntimos, y a la vez puede dar cuenta de historias ajenas, que son historias comunes, son atrevidos en dar cabida a pensar zonas de encuentro entre vivos y muertos. Desde el territorio de lo onírico (los sueños como un lugar donde los muertos aparecen, nos visitan y a veces nos hablan) hasta las prácticas espiritistas.

La ficción, la literatura, el teatro, el cine, han sido pioneros en búsquedas espectrales para encarar dimensiones de la dictadura que sino quedan siempre obliteradas, atoradas, atrancadas. Pienso en la performance de Mariana Eva Pérez y Laura Kalauz, *Antivisita* (2022), adonde aparece en un lugar clave la apelación al ritual espiritista.

¿Por qué le cuesta tanto al saber académico y al discurso político dar cabida a los espectros? ¿Por qué no pueden producir saber desde lo que se siente, y no solo desde la razón?

Mariana Tello Weiss construyó su etnografía dando cabida, escuchando lo que todxs hablan en voz baja o no se permiten narrar, “experiencias en las que los fantasmas se manifiestan y sobre cómo estas son relatadas o silenciadas”.

Me tocó vivir un año cerca de la ESMA a inicios de los años ‘90, cerca de estación Rivadavia. Caminaba muchas cuadras de más para evitar pasar por delante de la ESMA, que era todavía un predio militar. Tenía miedo. La primera vez que entré, convocada por María Moreno a un encuentro sobre literatura y memoria en 2007, se me instaló un tremendo dolor de cabeza que no se me fue por varios días.

Cuando varias amigas, incluida Mariana, empezaron a trabajar en el predio, no podía evitar preguntarles ¿cómo aguantaban trabajar en la ESMA (o en La Perla), ir todos los días, pasar horas y horas allí?

Creo que es pura valentía. “Seguí a los fantasmas”, escribe Mariana, pero también te siguieron a vos: aparecieron en tus sueños, los perturbaron, movieron las cosas. Se puede decir que hiciste causa común con los fantasmas, como la médium más amorosa y decidida.

¿Adónde están lxs desaparecidxs?

Este libro nos susurra: “están por acá”.

Relativizar para justificar

SANTIAGO CUETO RÚA*

Acerca de *Anatomía de una mentira. Quiénes y por qué justifican la represión de los setenta*, de Hernán Confinio y Rodrigo González Tizón. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2024, 249 páginas.



En *Anatomía de una mentira*, Hernán Confinio y Rodrigo González Tizón ubican el foco, no ya en la experiencia de militantes políticos alcanzados por el terrorismo de Estado, como en sus libros anteriores, sino en las voces de aquellos que intentan esmerilar la legitimidad de los discursos, políticas públicas y saberes que la sociedad argentina ha construido a partir de la impugnación de la última dictadura.

El libro puede oficiar de puente entre los escenarios académicos en los que sus autores se formaron y la discusión pública donde esas voces están operando. Sin perder rigor, el texto anticipa la posibilidad de ser leído por un público no experto.

Confinio y González Tizón analizan los discursos mencionados teniendo en cuenta dos experiencias del pasado. Por un lado, la discusión pública en torno al Holocausto, en especial el debate de diversos historiadores con quienes negaban los crímenes del nazismo, lo que dio lugar al término “negacionismo” –término que los autores proponen no aplicar sin mediaciones al caso argentino–. Por el otro, las voces de los propios perpetradores del terrorismo de Estado local y sus defensores, que una vez recuperada la democracia perdieron legitimidad y circularon casi exclusivamente de modo subterráneo. Esta última referencia es la que predomina en el texto.

El ejercicio analítico principal de los autores es demostrar que estas voces no suponen una novedad. No emergen para dar cuenta de algo que el paso del tiempo logró que se descubriera; no hay fuentes nuevas, no hay hallazgos. Son discursos que vienen a replicar lo dicho en el pasado para justificar el terror estatal con el fin, hoy, de deslegitimar las políticas que tramitaron ese pasado en clave de Memoria, Verdad y Justicia.

No hay nada nuevo, sin embargo, el fenómeno lo es. Los autores muestran que la novedad está en el lugar de enunciación de quienes defienden estas posiciones. Aquello que había sido planteado por los perpetradores y que, durante décadas, no

.....
*Licenciado en Sociología, Magister en Historia y Memoria, Doctor en Ciencias Sociales por la UNLP. Docente de la carrera de Sociología e investigador del IDiHCS (FaHCE, UNLP).

había tenido la capacidad de emerger a la esfera pública encarna, en el presente, la voz oficial.

Con esta hipótesis como punto de partida, proponen un exhaustivo recorrido sobre estos discursos cuya primera estación es la idea de que Argentina en los años setenta vivió una “guerra”.

Quien repuso ese discurso fue Javier Milei, por entonces candidato a presidente. Como se sabe, esta es una idea que cobra la forma de la justificación: dado que las guerrillas, inspiradas en ideologías foráneas, estaban librando una guerra, el Ejército argentino se vio obligado a defender la nación apelando a lógicas bélicas. Los autores desarman esta argumentación a través de una productiva estrategia metodológica: para determinar si un acontecimiento efectivamente sucedió no alcanza con reponer las voces de los actores que lo protagonizaron. Es decir, pese a lo que parte de la militancia revolucionaria concebía, no hay argumentos sólidos que señalen que efectivamente se vivió una guerra. A su vez, un análisis de los documentos militares advierte que desde unas décadas antes del Golpe las fuerzas de seguridad pensaban la seguridad interna como un tema de defensa, como si se enfrentaran a un enemigo externo, lo que evidencia que la lógica bélica para desarticular la militancia política precede a la formación –hacia fines de los sesenta– del activismo revolucionario.

La segunda estación está protagonizada por Victoria Villarruel quien, a poco de ser elegida candidata a vicepresidenta por La Libertad Avanza, señaló que su intención era poner el foco en las personas que fueron víctimas de la violencia revolucionaria. Su voluntad, afirmó, no era eliminar la historia sino completarla. En este capítulo se demuestra que este activismo por la memoria completa no es nuevo y que las fronteras entre la voluntad de recordar a esas víctimas y reivindicar lo realizado por los perpetradores es demasiado porosa. Por otro lado, la constatación de que este activismo emerge y se organiza cada vez que crece la amenaza de encarcelar a los represores invita a pensar que su verdadero objetivo no es recordar a aquellas víctimas –acto cuya legitimidad los autores hacen bien en señalar– sino evitar el camino de la justicia, cuando no llanamente defender el accionar represivo.

La tercera estación también está protagonizada por Villarruel. En 2021 sostuvo que las víctimas del terrorismo de Estado no fueron 30 000. Los autores se ven obligados a retroceder históricamente hacia argumentos que la sociedad argentina parecía tener asimilados: la imprecisión sobre el número final de desaparecidos no es una responsabilidad de los organismos de derechos humanos ni de las gestiones estatales que validaron estos reclamos sino de los perpetradores que eligieron llevar adelante un proceso represivo clandestino, que en tanto tal, no incluyó listados sobre las personas alcanzadas por la represión. En el texto se reponen los diferentes listados en base a los cuales surge la estimación canónica de 30 000 desaparecidos y también el carácter disputado y abierto de las nóminas. Se muestra cómo detrás de la intención de precisar el número de las víctimas hay un intento por deslegitimar las voces que encontraron en el número 30 000 un significativo que cohesionó sus demandas, sus prácticas y sus representaciones. Lejos de una pulsión de verdad fundada en una pasión aritmética, lo que se presenta es una disputa política que pretende impugnar un símbolo para destruir una demanda.

En la cuarta estación termina de quedar claro que la activista principal de este discurso es Villarruel. En este caso, compone la escena televisiva junto a Roberto Perdía y Luis Mattini, ex militantes guerrilleros, y tiene como foco retomar la idea de que la militancia política de los años setenta debe ser definida como terrorista y que por lo tanto sus víctimas deben ser recordadas. El trabajo analítico de los autores vuelve a mostrar qué intenciones políticas hay detrás de estas revisiones del pasado. En este caso, si la motivación para cuestionar la violencia de la guerrilla estuviera inspirada por un afán de conocer y analizar críticamente estas experiencias, se evitaría caer en el simple esquema que le asigna a la guerrilla ser la causa de un efecto inevitable: la represión estatal. A diferencia de miradas como la de Villarruel, los autores proponen sí observar críticamente a la guerrilla inspirados por un espíritu analítico. De allí algunas observaciones: no toda la militancia setentista implicó la opción por la guerrilla; los militantes guerrilleros no eran un grupo de fanáticos engegucidos por el uso de la violencia ni desligados de la política; el calificativo de terroristas estigmatiza más de lo que explica; no se trata de una experiencia poco revisada, aunque quizás algo soslayada en miradas románticas del pasado que funden acríticamente la figura de la víctima con la del militante político; y por último, aunque no menos importante, es indispensable acompañar una mirada crítica de la violencia política con una impugnación contundente del plan represivo que se desplegó bajo el supuesto de enfrentarla.

Las voces indagadas en el libro no componen un coro negacionista, tal como sucede en torno al Holocausto, pero sí suponen una relativización, cuando no lisa y llanamente una reivindicación, del accionar de la dictadura, articulado con un afán por quebrar las políticas de Memoria, Verdad y Justicia. Si la relación entre historia y política siempre es compleja, dado que aún los trabajos académicos más sólidos están cruzados por valoraciones ideológicas, Confino y González Tizón muestran que estas voces no pretenden una revisión crítica del pasado, ni completar una memoria para incluir en el panteón de las víctimas a personas que efectivamente merecen ser incorporadas, sino deslegitimar las militancias y las políticas públicas que habilitaron que nuestra sociedad haya tramitado su pasado reciente mediante un proceso de justicia que resultó ejemplar.

Los afectos y emociones para la represión.

JOAN PORTOS GILABERT*

Acerca de *Deseo de combate y muerte. El Terrorismo de Estado como cosa de hombres*, de Santiago Garaño. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2023, 440 páginas.



En febrero de 1975 el Ejército Argentino puso en marcha formalmente el Operativo Independencia que tenía por objetivo reprimir, en la provincia de Tucumán, al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). El libro *Deseo de Combate y Muerte* de Santiago Garaño analiza esta operación, pero da un paso más, al tomar al Operativo Independencia como piedra angular para indagar en las condiciones de posibilidad para el surgimiento, desarrollo, ejecución y puesta en práctica del Terrorismo de Estado.

En esta obra, el autor profundiza y amplía las investigaciones que desarrolló para su tesis Doctoral en Antropología. Por esto, transitando la arbitrariedad de las fronteras disciplinares, nos encontramos con un libro de antropología, donde la definición disciplinar se revela, para empezar, en dos planos de la pregunta en torno a la construcción y comprensión de la alteridad. El primero implica el desafío metodológico de abordar la otredad de los perpetradores del proceso represivo. Porque el eje central del libro implica la búsqueda de comprensión y explicación de la posición de los represores: ¿Cómo fue posible que ejecutaran acciones de esa envergadura de violencia y criminalidad? El segundo plano, justamente, surge a partir de revelar que la respuesta a esta pregunta implicó la construcción sentida y vivenciada de una alteridad peligrosa y acechante: la subversión. Y, también, una forma particular, sentida y vivenciada, de cómo tratarla: el deseo de combate y muerte.

El libro se divide en una introducción, tres partes, divididas en tres capítulos cada una, y un epílogo. Es de considerar la estructura ordenada de redacción. Cada capítulo y cada parte cierran con una recapitulación y síntesis de las ideas y nociones centrales desarrolladas. En su elaboración, Garaño entreteje un uso diverso de fuentes que van desde el análisis de expedientes judiciales, disposiciones y reglamentos militares, memorias de oficiales del Ejército Argentino, hasta un profundo trabajo de campo basado en entrevistas a ex soldados conscriptos y gendarmes que participaron del Operativo Independencia.

* Profesor en Ciencias Antropológicas, FFyL, UBA. Coordinador y docente del Departamento de Antropología, FH, Universidad Nacional de Mar del Plata.

En la introducción se realiza una síntesis de las ideas centrales del libro y se recuperan los principales conceptos teóricos que organizan el análisis, fundamentalmente, la apelación al giro afectivo. Una persona adepta a leer solo las introducciones de los libros se podrá encontrar con un profuso resumen de las ideas centrales de la obra.

En la primera parte, denominada “Afectos, emociones y sentimientos” desarrolla el proceso de construcción del ya anunciado “deseo de combate” basado en la construcción de una moralidad, sustentada en el mandato del sacrificio de la vida y la deuda con los camaradas “caídos”. Desde estas nociones, se describe el operativo Independencia como un rito de pasaje que, mientras flexibilizó ciertas jerarquías militares, puso en práctica el aprendizaje represivo. Esta primera parte toma como caso paradigmático el estudio de la causa judicial iniciada en 1974 por el asesinato de Humberto Viola. Un hecho que es habitualmente, y en diversas coyunturas, retomado por sectores que reivindican el accionar represivo. Garaño, a partir de este caso, demuestra que desde 1974, el accionar represivo en Tucumán no puede ser categorizado bajo las oposiciones legal/ilegal y estaba estructurado desde una trama que articulaba las cárceles, los tribunales y los centros clandestinos de detención.

En esta parte se encuentra una de las novedades centrales de la obra: la apelación al giro afectivo para lograr una explicación y comprensión del punto de vista de los perpetradores. Logro que Garaño alcanza sin recurrir al más mínimo relativismo, a veces, remanido en algunos enfoques etnográficos. De este modo, la obra demuestra cabalmente que las condiciones afectivas y emocionales no fueron la respuesta obvia y “natural” a las acciones de las organizaciones armadas, fueron el producto de una política interna de las Fuerzas Armadas que buscó hacer deseable lo obligatorio. A partir esta interpretación, muestra que identificar una “construcción social” no la hace menos sincera, verdadera y afectivamente profunda para los actores que la vivencian.

En la segunda parte, titulada: “Mostrar y ocultar”, y en la tercera, “Entre fuleros, héroes y traidores”, la obra se adentra en la descripción detallada de particularidades del Operativo Independencia. Se describe la estructura de funcionamiento y las diferentes etapas del operativo y detalla la doble misión que desplegó: imponer un dominio militar en Tucumán y generar una acumulación de experiencia represiva. A la vez, desarrolla otra de las innovaciones de la investigación, concebir la construcción del “Monte Tucumano” a partir de la metáfora del “teatro de operaciones”, alejándose de la naturalización del paisaje y, por lo tanto, entendiéndolo como un producto espacial e histórico de la experiencia de violencia y represión política. Garaño muestra cómo, a partir de esta puesta en escena, se desplegó una cultura del terror que tuvo a los soldados conscriptos como audiencia privilegiada y acrecentó una sensación constante de peligro en toda la tropa a partir de la circulación de una serie de rumores que exageraban la capacidad y presencia acechante de la guerrilla. Finalmente, la obra detalla la superposición de dos tramas en el despliegue del Operativo Independencia: una violencia normalizada hacia los conscriptos y una trama de represión política que articulaba lo legal, lo ilegal, lo visible y lo oculto.

El libro cierra con un epílogo en el que Garaño describe su experiencia como testigo de contexto y la incorporación de su tesis doctoral al expediente de la causa

judicial en torno al Operativo Independencia. Por un lado, realiza una reconstrucción de carácter etnográfico de su participación en esa audiencia. Y, por el otro, aporta una interesante reflexión sobre la práctica antropológica en este contexto, basada en el desafío de familiarizar lo exótico, al tener que dar cuenta de la experiencia de los soldados conscriptos entre 1975 y 1977. Y de exotizar lo familiar, al tener que presentar los postulados de su tesis que desnaturalizan muchas construcciones de sentido común sobre el servicio militar obligatorio. El cierre del libro implica una potente reflexión sobre los alcances y especificidades de la intervención desde las ciencias sociales en general y de la antropología en particular.

Como se mencionó, es un libro de antropología que parte de un proceso histórico. Pero, además, es un libro que puede ser leído por público muy amplio, al cual se le brindan las herramientas interpretativas, la forma de mirar y leer de un antropólogo. Y aquí se desprende otra lectura del libro: su uso como herramienta pedagógica. Es una obra que puede ser trabajada, seguramente con acompañamiento didáctico, desde el nivel medio hasta el superior del sistema educativo. Porque además de todos los aportes descriptivos y analíticos del caso, se convierte en esas publicaciones tradicionales usadas por docentes para iluminar y entender, a partir de un caso empírico, las posibilidades de aplicación y uso de conceptos y teorías de autores clásicos. Así, aparecen Mauss, Taussig, Agamen, Balandier, Judith Butler, Deleuze, Spinoza, Mary Douglas, entre otros y, obviamente, la mirada aprehendida y aprendida del Equipo de Antropología Política y Jurídica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Y todos y todas aparecen sin usos rimbombantes, sin palabras difíciles ni apelaciones forzadas.

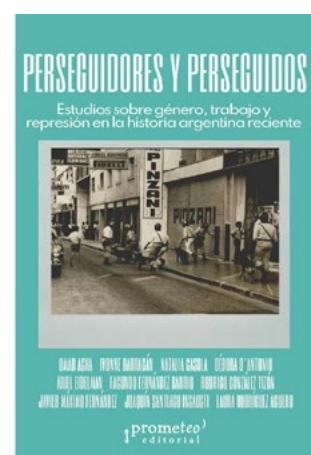
A la vez, el libro se constituye en un poderoso vehículo de memoria, en una excelente herramienta para una pedagogía de la memoria. Obviamente por el tratamiento novedoso, que hace del tema en sí. Pero, además, por lo formulado en la primera oración de la introducción: cómo fue posible el surgimiento del Terrorismo de Estado en la Argentina. Pregunta claramente informada por los postulados clásicos de las pedagogías de la memoria que nos invitan a trabajar las condiciones de posibilidad para el surgimiento del exterminio y a desarrollar el trabajo de vinculación de las diferencias y similitudes entre el pasado y el presente. Desde sus primeras líneas, quizás sin decirlo, el libro nos propone que todo ejercicio de memoria, solo es significativo si se ata al presente y a las disputas y discusiones del presente.

Desde este lugar, es muy difícil atravesar la lectura sin pensar en la coyuntura argentina abierta, para poner una fecha, el 10 de diciembre de 2023. Con riesgo de redundancia, el libro aporta a diversos debates del presente ¿Cómo se gesta un proceso represivo? Propone la desnaturalización de la predisposición y disposición para la práctica represiva y la piensa como una construcción política, en gran medida basada en una experiencia afectiva. Desde allí, nos invita a problematizar la importancia de pensar la potencia afectiva en la política del presente. Finalmente, y totalmente vinculada a esta noción, la lectura permite pensar los actuales procesos de construcción del adversario político como enemigo y como otredad. Y como, el enemigo/otro se intrinca necesariamente con la constitución de un “estado de excepción” que se vuelca sobre vidas que valen menos o vidas que merecen morir.

Historias sobre género, trabajo y represión en tiempos de negacionismo

CRISTIAN NAHUEL RAMA*

Acerca de *Perseguidores y perseguidos: estudios sobre género, trabajo y represión en la historia argentina reciente*, de Omar Acha, Ivonne Barragán, Natalia Casola, Débora D'Antonio, Ariel Eidelman, Facundo Fernández Barrio, Máximo Fernández, Rodrigo González Tizón, Santiago Joaquín Insausti y Laura Rodríguez Agüero. Buenos Aires, Prometeo, 2024, 200 páginas.



Perseguidores y perseguidos explora distintas experiencias de organización, militancias y represión en las que mundo del trabajo y el género son los vasos comunicantes. Con rigor conceptual y densidad empírica, sus siete capítulos constituyen un aporte novedoso sobre temas, problemas y sujetos diversos, que se entrelazan constituyendo una trama común. El libro, que forma parte de la colección *Pasados presentes* de la editorial Prometeo, dirigida por Débora D'Antonio, apuesta por el tratamiento de una cronología amplia, que va desde la década del cuarenta hasta los años noventa del siglo XX y examina un rico y heterogéneo corpus documental.

La obra se divide en tres partes. La primera, “Ideologías, cultura obrera y exclusión”, incluye dos capítulos. La contribución de Omar Acha pone el foco en el proceso por el cual el anticomunismo, hasta los años cuarenta un fenómeno de las clases dominantes y del nacionalismo católico, fue asimilado por las organizaciones sindicales peronistas. Acha ubica este giro a principios de los años cincuenta, en el momento en que la central obrera se incorporó como tercera rama. A partir de este proceso, sostiene, el anticomunismo obrero se convirtió en una pieza clave de la identidad peronista en la que cobró centralidad una masculinidad obrera y nacionalista y en la que se pensó a las mujeres como menos propensas a la seducción roja, reforzando así estereotipos tradicionales.

Situado en el mismo periodo, el capítulo de Máximo Javier Fernández y Santiago Joaquín Insausti aborda la construcción de identidades sexuales y de género en el marco de las transformaciones que implicó el modelo de sustitución de importaciones del peronismo. Tras examinar una serie de experiencias de maricas y tra-

.....
*Doctor, licenciado y profesor en Historia por la FFyL, UBA. Docente de la UNDAV. Investigador Asistente del CONICET (a la espera del alta por el Poder Ejecutivo).

vestis en espacios laborales y sindicales, los autores concluyen que las transformaciones económicas del modo de producción tuvieron una profunda imbricación en los géneros y sexualidades, convirtiendo al mundo del trabajo en el principal escenario donde se organizaron las políticas y subjetividades *queers*.

La segunda parte, “Violencias, explotación y apropiaciones”, está organizada en tres capítulos. Débora D’Antonio y Ariel Eidelman analizan el rol de las mujeres policías de la brigada de San Martín en la represión dictatorial. Poniendo en un lugar central a un sujeto poco visible en los estudios y memorias sobre la represión, la investigación reconstruye minuciosamente la genealogía de las brigadas femeninas y muestra cómo sus funciones tradicionales –tutela de mujeres y menores– resultaron adecuadas a las lógicas del combate antisubversivo de mediados de los setenta. D’Antonio y Eidelman destacan la participación que estas mujeres tuvieron en el tráfico de hijos de desaparecidos y logran demostrar –una vez más–, cómo el sistema represivo ilegal se montó sobre instituciones preexistentes y cómo la violencia estatal se estructuró en clave de género.

El capítulo de Facundo Fernández Barrio y Rodrigo González Tizón examina las tareas forzadas impuestas a detenidos y detenidas en centros clandestinos. Tomando como objeto de estudio cuatro espacios de cautiverio pertenecientes a tres zonas de defensa, los autores muestran la sistematicidad de estas prácticas y observan que una cantidad considerable de labores se repetían y organizaban bajo esquemas similares en los distintos centros de detención. En esta línea, elaboran una tipología de tareas y analizan sus condicionamientos de género, destacando la reproducción de roles tradicionales sobre la masculinidad y feminidad, aunque en ocasiones las lógicas podían verse bajo tensión.

En la tercera contribución de esta sección, Ivonne Barragán indaga cómo la Marina construyó una cultura en la que los modales distinguidos, masculinos y aristocráticos se articularon con el ejercicio de la violencia. Barragán trabaja con dos documentos muy particulares que permiten ver la subjetivación de esos valores en represores de la última dictadura: los legajos de servicio de la Armada y una carta que el oficial Jorge Vildoza –un personaje central de la represión en la ESMA– envió a la familia de un hijo de desaparecido de quien se apropió y con el que se dio a la fuga en los años ochenta. La autora muestra que los modelos de honorabilidad y masculinidad permitieron a Vildoza, luego de que Javier –el hijo apropiado– procurara recuperar su identidad, ensayar argumentos ante la familia de sus víctimas en los que convivieron una ética de lo actuado junto a la negación de sus crímenes.

La última sección del libro, “Activismos, organización y militancias”, está compuesta por dos capítulos. El de Laura Rodríguez Agüero, indaga en las primeras organizaciones que lucharon por la liberación femenina en Mendoza. El capítulo discute con cierto relato que cristaliza a la sociedad mendocina como conservadora y muestra que las militancias contra la opresión femenina, resultaron previas a las de Buenos Aires y fueron parte del proceso de movilización política de los años setenta. Rodríguez Agüero destaca las intensas redes partidarias, religiosas y sindicales que pusieron en cuestión la doble explotación –laboral y doméstica– que padecían las mujeres, y que estas tramas, pese a los efectos del terror paraestatal y estatal, pervivieron en el movimiento de mujeres de los ochenta.

Finalmente, el capítulo de Natalia Casola se enfoca en la politicidad de las amas de casa y su irrupción en la esfera pública. La autora plantea que a lo largo del siglo XX existieron “políticas de la domesticidad” que procuraron transformar a las mujeres en amas de casa y ciudadanas, y “domesticidades políticas” por las que distintas organizaciones de mujeres –de derecha e izquierda– problematizaron, por distintos caminos, la condición femenina en el ámbito reproductivo y la división sexual del trabajo. En coincidencia con el capítulo previo, Casola encuentra en los años sesenta un resquebrajamiento en los idearios de domesticidad que se profundizó, en paralelo a la persecución estatal, en las décadas siguientes, especialmente a partir de los años ochenta, cuando la perspectiva feminista ganó mayor densidad teórica e impacto social, lo que se tradujo en propuestas de salario y jubilación para las amas de casa.

En definitiva, *Perseguidores y perseguidos* se presenta como una obra coral, rigurosa, sólida y comprometida, que enriquece los estudios sobre la historia reciente y ofrece herramientas conceptuales para comprender las articulaciones entre género, clase y violencia. En un contexto en el que las derechas buscan reescribir el pasado desde perspectivas negacionistas, este libro reafirma la potencia política del conocimiento histórico fundado en la evidencia, el análisis crítico y el compromiso democrático, por lo que su lectura es imprescindible para quienes deseen entender las raíces estructurales de la represión en la Argentina y sus persistencias simbólicas en el presente.

Fronterita contado desde abajo

CONSTANZA CATTANEO*

Acerca de *Fronterita cuenta su historia*, de Ana Sofía Jemio, Silvia Gabriela Nassif y Daniela Wieder Tucumán. Tucumán, Humanitas, Departamento de Publicaciones, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán (UNT), 2025, 269 páginas.



Este libro cuenta la historia del Ingenio La Fronterita realizado por las investigadoras Ana Sofía Jemio, Silvia Gabriela Nassif, Daniela Wieder (entre otros colaboradores) y con el gran aporte gráfico del fotógrafo Diego Araoz. Las autoras confluyeron en la realización de este libro luego de que cada una haya realizado su propia trayectoria de investigación desde temáticas que tenían en común el territorio analizado. Ana Jemio, Socióloga y Doctora en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, viene trabajando hace décadas el Sur Tucumano haciendo foco en el impacto de la represión durante el Operativo Independencia. Silvia Nassif es historiadora, magister en Psicología Social y Doctora en Historia de la Universidad de Buenos Aires; focalizó sus investigaciones en el impacto que tuvo en la clase trabajadora tucumana el cierre de 11 ingenios azucareros a partir del año 1966 y las formas de resistencia que adquirieron. Daniela Wieder es profesora en Historia y se encuentra realizando su doctorado en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, sus investigaciones se focalizan sobre los trabajadores docentes de la Provincia de Tucumán en las décadas del '60 y '70.

Las autoras en este libro nos adentran al territorio social del Ingenio La Fronterita, en el departamento de Famaillá, al sur de la capital de la provincia de Tucumán. A través de un diálogo con quienes habitaron y trabajaron en el ingenio y sus colonias, en las páginas de este libro se reconstruye la cotidianeidad del trabajo, los conflictos laborales, los vínculos, los afectos y el impacto que sufrieron durante el período de represión clandestina iniciado con el Operativo Independencia. A lo largo de sus páginas, el uso de las imágenes y fotografías que acompañan el relato histórico, no sólo complementan lo narrado, sino que también aportan una dimensión testimonial y emotiva fundamental para la comprensión del contexto social y político vivido por los trabajadores y sus comunidades. Los ingenios azucareros cumplieron un rol clave en la configuración del territorio de la provincia. Es a partir del desarrollo de la industria que al paisaje caracterizado por el verde

*Doctora en Arqueología. Docente de la Universidad Nacional de Tucumán. Miembro del Laboratorio de Investigaciones del Grupo Interdisciplinario de Arqueología y Antropología de Tucumán.

de las yungas cambiaría, esta agroindustria se desplegó generando toda una serie de cambios a los modos de vida hasta ese momento conocidos, configurando otros que persistirán a lo largo del siglo XIX y entrado el siglo XX.

Para construir esta historia, el libro se apoya en una amplia gama de documentos y fuentes, incluyendo archivos sindicales, bases de datos sobre el genocidio y documentación judicial relacionada con los crímenes de lesa humanidad cometidos en la provincia. El aporte central de la obra reside en su mirada desde abajo, en el interdiálogo construido con las familias, recuperando sus memorias individuales y colectivas, de quienes vivieron y resistieron los procesos de crisis y violencia. Uno de los puntos clave es el compromiso en visibilizar las vivencias de los trabajadores azucareros y sus familias, quienes han sido históricamente marginados en los relatos oficiales.

El libro se divide en dos grandes secciones, una primera donde las autoras nos adentran al universo del Ingenio La Fronterita, cómo se fue configurando alrededor de la fábrica la vida de cientos de pobladores de la zona. Uno de los aspectos relevantes es el foco puesto en la vida en las colonias azucareras, sumamente olvidadas en la historiografía local. Es a partir de hacer foco en las familias obreras que nos aproximan a la vida cotidiana en estos poblados, en cómo en las épocas de zafra se nutrían de miles de trabajadores que venían de provincias aledañas como Santiago del Estero y Catamarca. Este racconto se entrelaza con la historia sobre el derrotero de la industria azucarera desde su época de auge hasta el cierre de los ingenios, para luego adentrarse en lo sucedido a partir del inicio del Operativo Independencia y la represión clandestina.

La segunda sección se enfoca en la historia de las familias obreras e incluye una recopilación de entrevistas que registran el testimonio directo de quienes fueron afectados por la represión y por los profundos cambios socioeconómicos acaecidos en esta región de Tucumán. Estas voces ofrecen una perspectiva viva acerca de las experiencias individuales y colectivas en las familias que habitaron este territorio, vinculándose estrechamente la memoria y el análisis de las violaciones a los derechos humanos ocurridas a partir del inicio de la represión clandestina.

Un día han venido los militares y nos han juntado a la mitad del barrio en una casa de frente a la iglesia. Nos han metido a todos, todos, todos en una casita. Era una cosa que estábamos pegados todos. Yo me acuerdo que lloraba, no podía respirar porque era chica y mis hermanos me levantaban para que tome aire. A la otra mitad del barrio, los han metido en otra casa, no me acuerdo cual. Nos han sacado a todos los del barrio, ¡imagínese todos los hijos y la gente metidos en dos casas! Ellos venían con orugas y traían a un chico muerto, de boxer o slip, y al otro lo traían vivo, con un palo atado con alambres. Ese día ha sido terrible, a eso no me lo olvido más. Eso yo nunca me lo olvido. Aquí Laureles era un caos. Aquí han hecho mucha cosa. (Pp. 184)

Es el relato de aquellos que hoy esperan justicia por las graves violaciones a los derechos humanos ocurridas en Tucumán durante el terrorismo de Estado. Estos relatos provienen de víctimas, familiares y sobrevivientes que han hecho sus denuncias por los secuestros, las desapariciones forzadas y torturas, y que luchan en la actualidad por que se haga justicia.

Este libro resulta fundamental porque se publica en un momento crucial, en el marco de la batalla por la inminente elevación a Juicio Oral de una causa emblemática. Este hecho representa un hito histórico, ya que por primera vez se lleva a juicio a empresarios vinculados con la industria azucarera de la provincia de Tucumán, responsabilizándolos por su papel en la represión ejercida durante el Operativo Independencia y la posterior dictadura militar. Hasta ahora, el único caso similar que llegó a esta instancia judicial fue el de Pedro Blaquier en la provincia de Jujuy. La publicación del libro, por tanto, no sólo aporta una revisión profunda y documentada de estos hechos, sino que también acompaña y fortalece el proceso de Memoria, Verdad y Justicia, señalando la participación empresarial en las violaciones a los derechos humanos.

Visibilizar las experiencias de los trabajadores azucareros y sus familias, quienes fueron protagonistas centrales de un proceso histórico marcado por la explotación, la resistencia y la violencia estatal en Tucumán, es uno de los objetivos principales alcanzados. Este libro rescata los testimonios y relatos mediante los cuales se puede reconocer las múltiples dimensiones del genocidio y las formas en que el terrorismo de Estado afectó no solo a los individuos, sino a toda una comunidad laboral y social.